

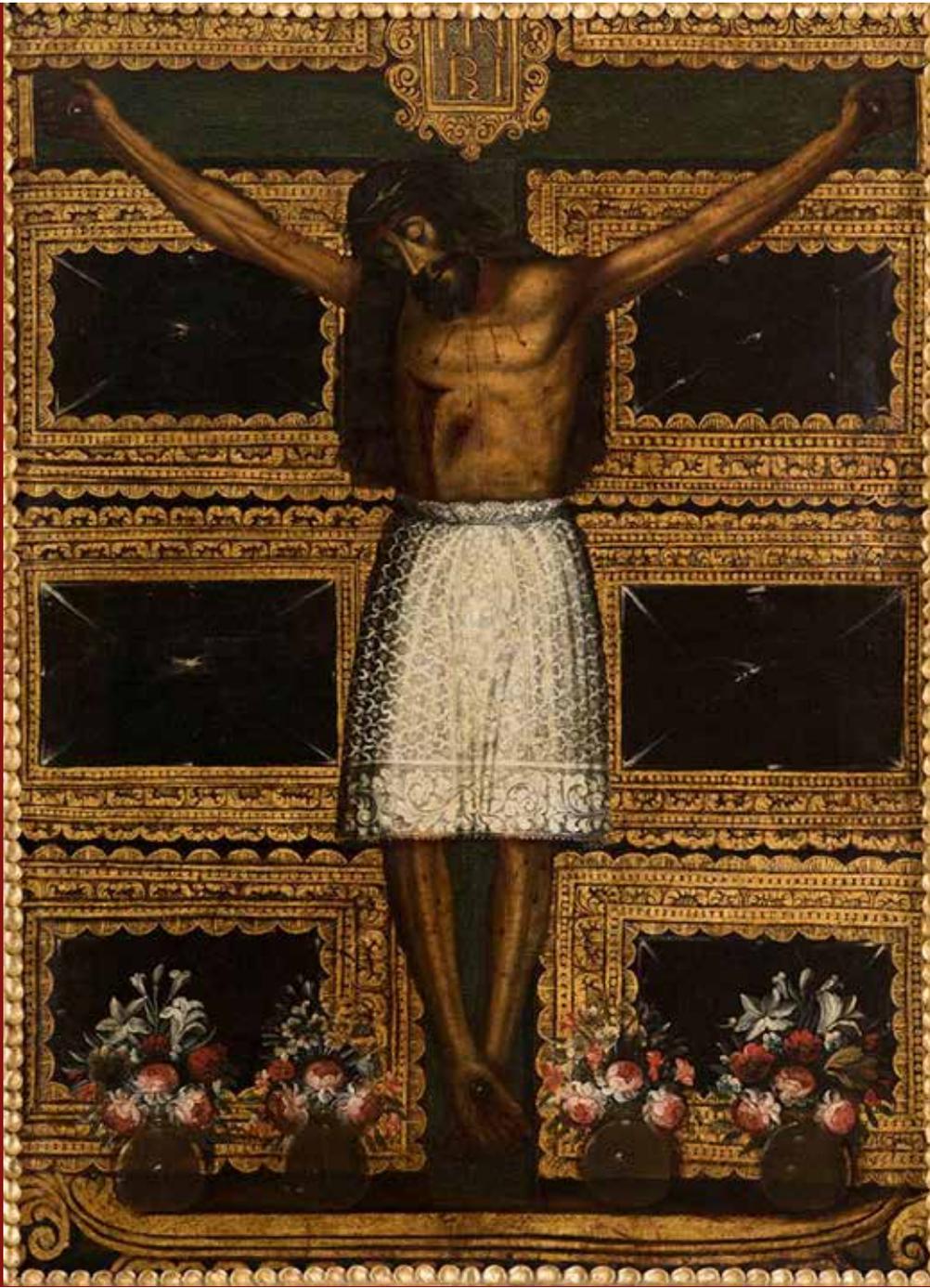
QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 98 15/4/2022

EL SEÑOR DE LOS TEMBLORES



EL SEÑOR DE LOS TEMBLORES

ALONSO RUIZ ROSAS

Pocos lugares tan apropiados para entender el singular catolicismo del Perú andino como la catedral del Cuzco, ese imponente templo cargado de altares barrocos, cuya construcción se inició a mediados del siglo xvi. En la nave de la Epístola, en una capilla recubierta con láminas de plata, a primera hora de la mañana los fieles rinden culto a la más conmovedora imagen de los cristos peruanos: el Señor de los Temblores o *Taytacha* (de *tata*, padre en latín y *taita*, en quechua), *Patrón Jurado* de la antigua capital inca. Aunque su fiesta patronal se celebra el último domingo de octubre, la imagen sale en procesión cada lunes de la Semana Santa, estremeciendo a la multitud que lo acompaña en su lento y solemne recorrido.

La devoción tiene su origen en uno de los devastadores terremotos que suelen asolar la región. Según refiere el cronista Gil González Dávila en su *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales* (Madrid, 1655), «en 31 de marzo, año 1650, a las dos de la tarde tembló esta ciudad, y sus efectos fueron ruina de edificios y riquezas y muerte de sus vecinos. Los que quedaron con vida, llorando la ruina de la patria decían: *Cuzco, quien te vio ayer, /y te ve ahora / ¿cómo no llora!*». La imagen del entonces llamado Santo Cristo de la Buena Muerte fue sacada en procesión y se expuso durante tres días en el atrio catedralicio, para apaciguar la furia de los temblores que siguieron al sismo destructor. «Desde esta calamidad -anota el canónigo Diego de Esquivel y Navia en sus *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco* (ca. 1750)- quedó establecida la procesión que cada año se hace a 31 de marzo de la Iglesia Catedral, con asistencia de ambos Cabildos, clero, religiones y gran número de penitentes, en que sale la milagrosísima imagen del Crucifijo, intitulado el Señor de los Temblores, que está colocada en dicha iglesia con grande culto y frecuencia del pueblo, por ser su único refugio y asilo no solo en los temblores, sino en peses, secas y otras tribulaciones. Es tradición constante haber enviado al Cuzco esta sacratísima efigie el muy católico e invicto emperador Carlos V».

La escena de esa procesión puede apreciarse en la catedral, en un lienzo que mandó pintar Alonso Cortés de Monroy y se exhibe en la capilla del Apóstol Santiago, patrono original de la ciudad, comprensiblemente destronado por el *Taytacha*. A partir de 1741, la procesión pasó a realizarse en la fecha movable del Lunes Santo. Lo que permaneció es la creencia de que la imagen -inspirada en el Cristo de Burgos, como otras que conservan la Iglesia de San Agustín de Lima y diversos templos virreinales- fue un regalo de Carlos V. Una tradición asegura que el obsequio fue retenido en Mollepata, cerca del Cuzco, donde aún se le venera con el nombre de Señor Manuel de la Exaltación, en una urna para que nadie ose trasladarlo, de acuerdo con la voluntad que la propia imagen habría manifestado a sus transportadores.

En 1978, cuando el restaurador boliviano Pedro Quejazu difundió sus estudios sobre la escultura, a los que debe añadirse la información reunida por el historiador Héctor Schenone, el origen del *Taytacha* quedó, al menos en parte, develado. Se trata de una imagen, con influjo del gótico tardío, de tela encolada, pastas de aserrín y yeso, maguey y madera en las extremidades, y hueca al interior del pecho, donde se replica la herida causada por la lanza de Longino, y en la que algunos fieles lograron introducir papelititos devocionales. La imagen -que tiene una figura gemela en la iglesia cuzqueña de Santa Clara- data de la segunda mitad del siglo xvi. Fue originalmente de color



Foto: Martín Chambi, ca.1930

ocre, pero luce ennegrecida por el hollín y el humo de las velas que le han sido prendidas durante cuatro centurias. En la doliente cabeza del Cristo ya muerto, con barba negra, ojos entrecerrados y peluca con una larga cabellera natural, sobresale una corona de espinas de oro, que reemplaza a la que fuera robada en 1986. Arte local, en suma, hecho con el concurso de los primeros artifices indígenas, quienes aprendieron y adaptaron las técnicas de la imaginería hispana, y cuyos herederos siguen bordándole al Señor vistosos faldones.

SINCRETISMOS

Señala Garcilaso en sus *Comentarios* que el lugar donde se levanta la catedral del Cuzco, «en tiempos de los incas, era un hermoso galpón, que en días lluviosos les servía de plaza para sus fiestas. Fueron casas del Inca Viracocha, octavo rey. Yo no alcancé de ellas más que el galpón». ¿Hubo allí un adoratorio a *Illa Tesci Viracocha*, supuesta divinidad creadora del universo? El templo está bajo la advocación de la Virgen de la Asunta, colocada en el altar mayor, pero se fue convirtiendo en el santuario del *Apu* Jesucristo, dado que la Virgen (madre o *mamácha* de este mundo) cuenta, además, con la concurrencia Iglesia de Belén, al sur de la ciudad. Hay, sí, otros cristos en la catedral, como el muy querido Señor de *Unu Punko* -en quechua, Señor de la Puerta del Agua-, cuyo retablo lo muestra de la cintura para arriba, cargando la cruz, mientras la parte inferior, al menos en la imaginación de los fieles, está sumergida en las aguas de un manantial que fluye justo bajo esa nave.

Quien se detenga a observar al Patrón Jurado, puede advertir en su figura una particularidad en la que acaso reside el secreto de su magnetismo ante los ojos de sus antiguos y numerosos fieles cuzqueños. Más que una representación de Cristo en la cruz, el *Taytacha* podría ser visto como el propio Cristo momificado. Su color y desproporción contribuyen a darle esa fisonomía, capaz de conmover a un pueblo cuyos ancestros conservaban y sacaban en procesión las momias de los incas fundadores de sus *panacas* o linajes. El mismo Garcilaso tuvo ocasión de ver algunas en casa del licenciado Polo Ondegardo, antes de que fueran enviadas a Lima y desaparecieran: «En el aposento -dice- hallé cinco cuerpos de los Reyes Incas, tres de varón y dos de mujer. El uno de ellos decían los indios que era de este Inca Viracocha {...}. Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaba cabello, ceja ni pestaña». Si a ello sumamos el relato evangélico del sismo en Jerusalén al momento del último suspiro en la cruz, la sucesión de terremotos locales y el cataclismo transformador que significó la conquista para el Cuzco incaico, parece evidente que en torno a esta imagen se produce una poderosa conjunción simbólica.



Anónimo. *Terremoto del Cuzco* (detalle), 1650. Basílica Catedral del Cuzco

PROCESIÓN POR DENTRO Y FUERA

Desde el cuarto domingo de cuaresma, el *Taytacha*, acompañado de la Virgen Dolorosa y San Juan Evangelista, ocupa el altar mayor de la catedral. Las misas cantadas se suceden hasta el medio día del Lunes Santo. Al alba, concurren los más humildes feligreses y luego desfilan colegios e instituciones, junto a los miembros de la antigua cofradía, hoy Confraternidad del Señor de los Temblores. A la una, al pie del altar, se inicia un contrapunto entre dos grupos de cantoras en quechua, llamadas *chayñas* o jilgueros, a las que acompañan arpistas, quenistas, violinistas, mandolinistas y acordeonistas. Cada grupo suma decenas de participantes y su repertorio incluye remotos himnos y cánticos religiosos de raíz nativa. Las melodías sobrecogen el corazón de los presentes.

A las dos de la tarde, el Señor sale a la plaza, en medio del fervor popular y en compañía de cofrades, clérigos y autoridades. Desde 1950, penden de los extremos del madero unas vistosas coronas hechas con una flor roja de las alturas llamada *ñujchu* (*Salvia oppositiflora*), tejidas por la devoción de un picapedrero y su familia. Se oye el llamado de los *pututos* (caracolas), el tañido de la famosa campana María Angola, los acordes de la banda militar. Cestos y puñados de *ñujchu*, que solo florece en esos días, le son también arrojados a su paso, desde las columnas exteriores de la catedral y de los balcones que engalanan gruesas mantas de color púrpura. Las coronas se bambolean y el Cristo lleva en la cabellera y sobre los hombros los pétalos rojos que evocan la sangre. El acongojado cortejo avanza mientras el incienso eleva sus volutas.

La procesión va por la calle Plateros, se detiene en el templo de Santa Teresa, pasa por la Plaza San Francisco e

ingresa luego en la iglesia de la Merced. En Santa Teresa y la Merced le cambian el paño de pureza. Al anochecer, la multitud empieza a llenar la plaza de armas, antes llamada *Huacaypata* (lugar del llanto en quechua, en contraste con la plaza contigua, llamada *Cusipata* o del regocijo). A las siete, el *Taytacha* está de regreso en el atrio de la catedral. La luna llena, la *Mama Quilla* del panteón incaico, asoma sobre los campanarios. El Cristo, a punto de entrar de espaldas por la Puerta del Perdón, es inclinado para bendecir a la multitud. Vuelve a tañer la campana mayor y ululan las sirenas de los bomberos. Antiguamente, los fieles caían de rodillas. Ahora, no hay espacio para arrodillarse, pero sí para inclinar la cabeza y, de ser el caso, dejar caer algunas lágrimas. Hasta los anticlericales de antaño, como el poeta Luis Nieto Miranda, no dejaban de llevar a sus hijos a tan emotiva ceremonia. El Señor ingresa a la catedral y se cierra el portón. La plaza empieza a vaciarse, hay algunos conatos de discusión y gresca, aunque no con la furia de otros tiempos. Dicen que esta devoción inspiró la del Señor de los Milagros, que se venera en Lima y sale en multitudinaria procesión, allí y en otras ciudades del Perú y del mundo. Dicen, también, que aquellos que han visto los ojos del *Taytacha* mientras bendice al Cuzco, morirán ese año.

Una primera versión de este artículo apareció en la revista *Bienvenida* (Lima, 2004). El autor estuvo entonces en la procesión, en compañía de los antropólogos Carmen Escalante y Ricardo Valderrama.

En la portada: Anónimo. *Taytacha* Temblores. s. XVIII, Cuzco

https://www.youtube.com/watch?v=_2f8mW-UxG4
https://www.youtube.com/watch?v=4q78jEnY_14

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS Y EL TAYTACHA

Ingresamos al templo, y el Viejo se arrodilló sobre las baldosas. Entre las columnas y los arcos, rodeados del brillo del oro, sentí que las bóvedas altísimas me rendían. Oí rezar desde lo alto, con voz de moscardones, a un coro de hombres. Había poca gente en el templo. Indias con mantas de colores sobre la cabeza, lloraban. La catedral no resplandecía tanto. La luz filtrada por el alabastro de las ventanas era distinta de la del sol. Parecía que habíamos caído, como en las leyendas, a alguna ciudad escondida en el centro de una montaña, debajo de los mantos de hielo inapagables que nos enviaban luz a través de las rocas. Un alto coro de madera lustrada se elevaba en medio del templo. Se levantó el Viejo y nos guió hacia la nave derecha.

El Señor de los Temblores dijo, mostrando un retablo que alcanzaba la cima de la bóveda. Me miró, como si no fuera yo un niño.

Me arrodillé junto a él y mi padre al otro lado.

Un bosque de ceras ardía delante del Señor. El Cristo aparecía detrás del humo, sobre el fondo del retablo dorado, entre columnas y arcos en que habían tallado figuras de ángeles, de frutos y de animales.

Yo sabía que cuando el trono de ese Crucificado aparecía en la puerta de la Catedral, todos los indios del Cuzco lanzaban un alarido que hacía estremecer la ciudad, y cubrían, después, las andas del Señor y las calles y caminos, de flores de ñujchu, que es roja y débil.

El rostro del Crucificado era casi negro, desencajado, como el del pongo. Durante las procesiones, con sus brazos extendidos, las heridas profundas, y sus cabellos caídos a un lado, como una mancha negra, a la luz de la plaza, con la catedral, las montañas o las calles ondulantes, detrás, avanzaría ahondando las aflicciones de los sufrientes, mostrándose como el que más padece, sin cesar. Ahora, tras el humo y esa luz agitada de la mañana y de las velas, aparecía sobre el altar hirviendo de oro, como al fondo de un crepúsculo del mar, de la zona tórrida, en que el oro es suave o brillante, y no pesado y en llamas como el de las nubes de la sierra alta, o de la helada, donde el sol del crepúsculo se rasga en mantos temibles.

Renegrido, padeciendo, el Señor tenía un silencio que no apaciguaba. Hacía sufrir; en la catedral tan vasta, entre las llamas de las velas y el resplandor del día que llegaba tan atenuado, el rostro del Cristo creaba sufrimiento, lo extendía a las paredes, a las bóvedas y columnas. Yo esperaba que de ellas brotaran lágrimas.

EN LOS RÍOS PROFUNDOS, 1958



HONORIS CAUSA

La semana pasada, el poeta y catedrático Luis García Montero, director del Instituto Cervantes, fue investido *Doctor Honoris Causa* por la Universidad Nacional de San Agustín. La misma distinción le fue luego conferida en Lima, en la Universidad Ricardo Palma. El poeta disertó sobre la complejidad y vigencia del mestizaje y fue entrevistado en diversos medios. En Arequipa -sede del próximo IX Congreso Internacional de la Lengua Española, a realizarse en marzo de 2023, García Montero, al final del emotivo acto, leyó este poema de su reciente libro *No puedes ser así (breve historia del mundo)*.

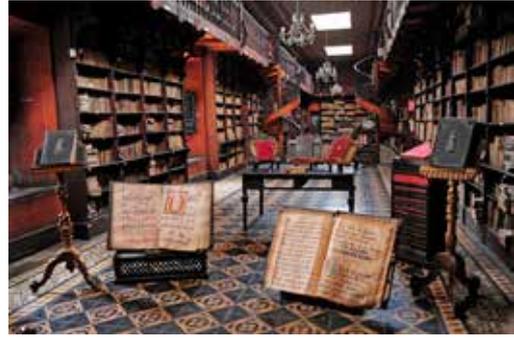
AREQUIPA

Mis ojos fatigados
se encuentran con sus ojos.
No conoció conquistas,
ni lenguas extranjeras,
ni evangelizaciones.
Tampoco ha conocido
independencias, gentes
levantadas en armas,
políticos corruptos.
Hace ya muchos años,
su tribu la escogió
para honrar a los dioses.
Enterrada en la nieve,
a través de los siglos,
su mirada infantil
aprendió por sí sola
la oscuridad, el miedo,
los mandatos del frío.
Orgullo de sus padres,
no hizo falta en su muerte
ninguna fecha histórica.

Salgo a la calle, miro
el cielo azul, la nieve,
los volcanes, los muros
cerrados del convento,
el patio de una escuela,
los juegos en la plaza.

Desamparada niña,
con ojos ya muy secos
y con la boca abierta,
hoy vive entre turistas.
Quien busca la inocencia
en manos del pasado
sacrifica el futuro
a un fuego de bengalas.

AGENDA



Biblioteca del Convento de San Francisco, Lima

LOS LIBREROS DE LIMA

Dentro de las publicaciones de la serie *Cultura impresa* de la Biblioteca Nacional del Perú, ha aparecido el estudio de Alejandra Cuya Sialer, *Un oficio especializado. El negocio de la venta de libros en el Perú entre 1580 y 1620* (Lima, BNP, 2021). La obra de esta joven historiadora peruana, egresada de la PUCP, se centra en el caso de tres librerías de origen español que ejercieron su oficio en Lima: Juan Jiménez del Río, Pedro Durango de Espinosa y Andrés de Hornillos, quien fue también editor. Si bien hubo librerías en la capital del Virreinato del Perú desde 1543, fue en ese período en el que se consolidó el mercado local, en un territorio ya pacificado, con una nueva dinámica económica y urgido, además, de obras evangelizadoras por influjo del Concilio de Trento. La obra enriquece una bibliografía que suma valiosos aportes. Cuya Soler cita, entre ellos, el de Francisco Rodríguez Marín, quien, en 1911 y a partir de documentos del Archivo de Indias, señaló que en 1605 fueron enviados 84 ejemplares del *Quijote* al Perú y 260 a Nueva España, de los más de mil quinientos ejemplares de la edición príncipe.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe
www.ccincagarcilaso.gob.pe